EL VIAJE
EN LA FICCIÓN NORTEAMERICANA:
SÍMBOLOS E IDENTIDADES

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

Directora
Carme Manuel

EL VIAJE
EN LA FICCIÓN NORTEAMERICANA:
SÍMBOLOS E IDENTIDADES

M^a Gema Fernández Sampedro

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

Universitat de València

© M^a Gema Fernández Sampedro, 2008

*El viaje en la ficción norteamericana:
símbolos e identidades*

1^a edición de 2008

Reservados todos los derechos

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN: 978-84-370-8343-8

Imagen de la portada: Sophia de Vera Holtz

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Índice

Introducción	9
Capítulo I	
El viaje en la ficción norteamericana	19
Capítulo II	
<i>The Adventures of Huckleberry Finn</i> : la búsqueda de la libertad	47
Capítulo III	
<i>The Awakening</i> : el viaje interior	71
Capítulo IV	
<i>Winesburg, Ohio</i> : la sed de conocimiento	85
Capítulo V	
<i>The Grapes of Wrath</i> : la lucha por la supervivencia	107
Capítulo VI	
<i>The Catcher in the Rye</i> : la búsqueda de la identidad	127
Capítulo VII	
<i>On the Road</i> : el rechazo del sistema	141
Capítulo VIII	
<i>The Sot-Weed Factor</i> : el trayecto hacia la deconstrucción	163
Conclusión	189
Bibliografía	193

Introducción

Hablar de un fenómeno cultural implica ya reconocer una relación, como apuntó Hans-Georg Gadamer, entre un determinado hecho o acontecimiento y un sistema de valores. En la cultura norteamericana, el viaje, como hecho histórico y como fenómeno cultural, es un aspecto clave para la interpretación de las constantes culturales que han ido confirmando una identidad a este pueblo, desde los primeros asentamientos en el periodo colonial hasta nuestros días.

Lo que interesa aquí, sin embargo, es ver el impacto que ha tenido el viaje como hecho concreto en la mentalidad norteamericana y en qué medida este hecho ha pasado a ser un fenómeno cultural en esta nación. El impacto que el viaje ha tenido en la memoria histórica y en la conciencia colectiva norteamericana, además de quedar reflejado en la producción literaria, puede apreciarse en otros productos, analizados ya por algunos estudiosos de la cultura norteamericana como John Kowenhoven o Michael A. Rockland. Si aceptamos la idea de que la cultura es un núcleo de supuestos no cuestionados recubierto de varias capas hasta llegar a la más externa formada por estos productos (Trompenaars y Hampden Turner, 1997), podemos comprender el interés que tiene su análisis y cómo, a través del mismo, podemos acceder a otras capas menos visibles y obtener datos de aspectos más profundos y menos expuestos a influencias y a cambios circunstanciales.

El ensayo de John Kowenhoven “What’s American about America”, publicado en *Colorado Quarterly* en 1955, y recogido en 1961 en su libro *The Beer Can by the Highway*, es quizás uno de los ejemplos más reveladores de este tipo de análisis sociológico al que acabamos de hacer referencia. El autor toma como base doce productos propiamente norteamericanos, tales como el rascacielos, el modelo de coche T-Ford, el jazz, los escritos de Mark Twain, la obra de Walt Whitman, *Leaves of Grass*, el chicle, el diseño de las ciudades en cuadrícula o la propia Constitución. Kowenhoven concluye que uno de los rasgos comunes a todos ellos es el carácter abierto, de modo que todos ellos pueden ser ampliados o prolongados sin alterar por ello su estructura básica. Esta observación lleva al autor a concluir que Norteamérica es esencialmente *proceso*, un concepto cuyas conexiones con el tema del viaje y con el fenómeno cultural de la movilidad parecen claras.

Por su parte, Michael A. Rockland, ha analizado otro producto propiamente norteamericano, las roulottes o caravanas, en su libro *Homes on Wheels* (1980), donde dice, “Americans are the most mobile people on the face of the earth but like to carry along hearth and home with them when they’re on the road” (7). Vemos cómo mediante la apreciación y análisis de las características de un determinado producto pueden extraerse conclusiones relativas a los valores de una determinada cultura. Si Kowenhoven llegó a la conclusión de que Norteamérica es esencialmente proceso, Rockland pone en evidencia la contradictoria tendencia estadounidense a la estabilidad y al cambio, y la tensión entre el

impulso individualista y la pertenencia a una comunidad, si bien subraya que esta cultura parece identificarse más con el concepto de asociación que de comunidad. Uno de los móviles del viaje tradicionalmente norteamericano es, precisamente, la búsqueda individual o familiar de un asentamiento que lleva a sus protagonistas a unirse a otros para hacer frente a los obstáculos. Los vínculos entre los miembros del colectivo, por tanto, no son tanto los valores y creencias del grupo, como los objetivos y fines que persiguen, en cuyo caso la unión favorece la lucha contra las adversidades. Éste es el principal rasgo diferenciador entre asociación y comunidad, de ahí que la idea de asociación sea la que más fácilmente permita conjugar la necesidad de preservar la individualidad y la necesidad de pertenecer a un grupo. Cuando se ha señalado, como ha hecho Rockland, la llamativa capacidad del norteamericano para conjugar estas dos tendencias, aporta una prueba más de que en la cultura norteamericana triunfa el concepto de asociación sobre el de comunidad, y así lo ilustran también algunas de las novelas analizadas en este estudio.

De acuerdo con Rockland, las primeras caravanas de carretas responden precisamente a esa doble tendencia hacia el individualismo y a la necesidad de pertenecer a un colectivo de viajeros que se desplazaban con sus propiedades hacia el Oeste preservando la intimidad familiar y observando la normas de convivencia establecidas en las caravanas. Más adelante, el autor hace referencia explícita a este aspecto:

Americans can't make up their minds whether the national character is basically individualistic or communitarian. Scholars are forever telling us that we are incapable of a meaningful association with one another or that we are on the verge of becoming conformist blobs. I'm not sure Americans suffer from either defect. Or maybe we suffer from a third: an extraordinary need to be both loners and joiners simultaneously. (17)

En *Looking for America on the New Jersey Turnpike* (1989), Rockland reitera la idea de Norteamérica como movilidad haciendo referencia a los productos que se han ido generando en torno a la autopista de New Jersey.

Tratándose de un tema tan revelador, el viaje no ha pasado desapercibido para los estudiosos de la cultura norteamericana. Son numerosos los artículos y referencias a novelas en las que, de un modo claro, el viaje se convierte en eje central y recurso literario para poner de relieve otro tipo de cambios, como es el caso de la crítica a la novela de Mark Twain, *The Adventures of Huckleberry Finn*, donde cualquier motivo de análisis requiere una referencia al viaje. Sin embargo, no son tantos los estudios dedicados exclusivamente al viaje como recurso literario. En este sentido, merece especial mención el valioso análisis de Janis P. Stout, *The Journey Narrative in American Literature. Patterns and Departures* (1983), donde se establecen una serie de patrones de viajes recurrentes en la literatura norteamericana motivados por la huida o por la búsqueda y que, de algún modo, reflejan las aspiraciones y los miedos que han ido repitiéndose a lo largo de la historia norteamericana. Stout analiza desde esta perspectiva la obra de autores como Herman Melville, William Faulkner, Hart Crane, Wallace Stevens, Saul Bellow y Philip Roth.

En este estudio hemos optado por presentar el análisis del viaje como recurso narrativo en siete novelas de carácter bien distinto, concebidas en diferentes momentos de la historia norteamericana con el fin de determinar, no solo las peculiaridades propias de cada una de ellas, sino también los elementos que tienen en común y que darán las claves de interpretación de los valores de identidad nacional a los que antes hemos hecho referencia. El análisis del viaje como recurso narrativo nos permitirá analizar, por tanto, ese “algo que

permanece en la conciencia del ser humano, que tantas cosas olvida... la experiencia de una diferencia y de una discontinuidad, de una permanencia en medio de los cambios” (Gadamer 134). Ése *algo* que permanece no es sino otra forma de hacer referencia a las constantes culturales, que se sitúan en el núcleo de los supuestos y en la capa de los valores.

Sin perder de vista el hecho de que cada novela es un producto único y representativo de un determinado contexto social, político, económico y literario, el análisis del viaje como recurso literario en distintos periodos de la historia literaria hace posible llegar a “esos espacios de la existencia y del acontecer”, utilizando la expresión de Gadamer, que posiblemente los criterios tradicionales de selección histórica hayan desestimado, y que sin duda contribuyen a profundizar en el problema de la identidad cultural. La búsqueda de la libertad, de la identidad, del conocimiento, de la supervivencia física y moral, de un nuevo orden y también de la identidad artística, se revelarán como constantes culturales que, de un modo u otro, tendrán mayor o menor protagonismo en función del momento histórico y de las propias características y circunstancias del escritor. Al margen de las múltiples interpretaciones posibles, no podemos negar que los hechos históricos son los que son, como tampoco puede negarse la impronta de dichos acontecimientos en la conciencia colectiva. Declara Kowenhoven en *The Beer Can by the Highway. Essays on What's American about America*: “Our history is the process of motion into and out of cities; of westering and the counter-process of return; of motion up and down the social ladder—a long complex, and sometimes terrifyingly rapid sequence of consecutive change. And it is to this sequence and the attitudes and habits and forms which it has bred, to which the term ‘America’ refers” (72).

Las siete novelas analizadas en este estudio —que se abre con *The Adventures of Huckleberry Finn* (1885) y se cierra con el periplo presentado por John Barth en la novela *The Sot-Weed Factor* (1960)— ilustran esta afirmación de Kowenhoven sobre Norteamérica como proceso y apertura a nuevas posibilidades, tanto desde la perspectiva del viaje como crónica de una búsqueda o huida, como desde el planteamiento filosófico y la recreación simbólica y alegórica. El viaje, por tanto, lejos de ser un proceso simple, nos llevará a diversos niveles de interpretación, de la anécdota a la leyenda y al mito.

En la primera de las siete novelas analizadas, *The Adventures of Huckleberry Finn* (1885), el viaje se define como una búsqueda de libertad contextualizada en el periodo previo a la Guerra Civil en los estados del Sur; una búsqueda que se verá obstaculizada por tres tipos de fronteras bien distintas: la geográfica, la moral y la legal. El punto de partida de este viaje es Missouri, uno de los estados limítrofes entre los estados libres y los esclavistas, y un hervidero de conflictos a mediados del siglo XIX. Missouri, entonces habitado por sectores de ideologías opuestas, los abolicionistas y los esclavistas, se convirtió en núcleo de enfrentamientos violentos que, con posterioridad, se repetirían en Kansas. El Compromiso de Missouri de 1850, con el que se intentaron apaciguar los ánimos y evitar mayores enfrentamientos, no pudo impedir el conflicto armado diez años más tarde. Por otro lado, el conflicto moral y legal entre los sectores tradicionales y quienes encarnaban el nuevo espíritu de frontera, caracterizados por el sentimiento de desarraigo y por la tendencia a la anarquía en el periodo expansionista, son aspectos centrales en este trayecto hacia la libertad, un viaje más o menos consciente de dos personajes, cuyas trayectorias particulares servirán para plantear la dialéctica en torno a los conceptos “civilización” y “primitivismo”, y para cuestionar el ideal de libertad de la joven democracia. Mark Twain presenta aquí un dilema que ya había sido tratado por los

escritores románticos que le precedieron pero, a diferencia de ellos, él lo aborda a través de unos personajes con claros referentes a la sociedad del momento. Twain inicia así la corriente del realismo literario norteamericano junto a Howells y James, aunque con un estilo bien distinto.

En la segunda novela que analizamos, *The Awakening* (1889), el viaje se produce en el seno del tradicional entorno de los criollos asentados en Luisiana en un momento en que la industrialización, y con ella los nuevos valores capitalistas, se extendían por el Sur. Durante el periodo de la Reconstrucción, el Sur vivió el encuentro de los valores tradicionales y de los nuevos valores procedentes del Norte, algo que se refleja en la historia de los viajes y en las recreaciones literarias que de este cambio hicieron los escritores sureños. En este momento histórico, las ciudades habían empezado a adquirir gran protagonismo como centros de innovación, de desarrollo económico y de nuevas oportunidades. Kate Chopin supo representar ese momento de cambio desde la perspectiva de la mujer educada en la sociedad tradicional sureña y ser testigo de ese despertar del nuevo Sur. El viaje interior de la protagonista pone en evidencia la transformación social a finales del siglo XIX, momento en que Nueva Orleans, junto con St. Louis, se había convertido en el nuevo foco de desarrollo financiero y transmisor de los valores capitalistas del Sur de postguerra.

Durante el mismo periodo, la expansión hacia el Oeste trajo consigo otro tipo de frontera marcada por los diferentes ritmos de desarrollo experimentados por los estados del Norte, Sur y Oeste, lo que provocó el desequilibrio entre el sector rural y el urbano. Un éxodo rural sin precedentes se produjo a finales del siglo XIX y principios del XX. La ciudad de Chicago fue una de las que más cambios experimentó en aquellos años, hasta llegar a convertirse en paradigma del desarrollo urbano del Medio-oeste, hacia donde dirigían la mirada los jóvenes que buscaban nuevas oportunidades. El protagonista de la novela de Sherwood Anderson *Winesburg, Ohio* (1919), cuyo trayecto analizamos en el tercer capítulo, lleva a cabo este recorrido después de lograr franquear la frontera psicológica marcada por el choque entre los viejos valores y los nuevos. Si en las dos novelas anteriores confluían el romanticismo y el realismo, en *Winesburg, Ohio* se dan cita ya el naturalismo y el *modernismo*, lo que permite apreciar también el cambio producido en el sentir literario norteamericano. El determinismo mecanicista, que en el caso de Anderson se convierte en un determinismo psicológico, queda encarnado en los personajes que no logran ajustar el legado de la tradición a la nueva realidad, lo que les lleva, paralizados por sus frustraciones, a refugiarse en sus propios sueños.

El viaje analizado en el cuarto capítulo es producto de las desigualdades generadas en el seno de un sistema capitalista despiadado, ya bien entrado el siglo XX. En plena depresión económica en los años treinta, la expropiación de tierras de cultivo daría lugar a un éxodo de agricultores sin precedentes en la historia de los Estados Unidos, un viaje forzoso protagonizado ahora por pueblos enteros que se vieron obligados a buscar un modo de subsistencia. John Steinbeck hace crónica en *The Grapes of Wrath* (1939) de este éxodo masivo hacia el Oeste, concretamente a California, aunque ya no en las caravanas de carretas, sino en los automóviles popularizados por la producción en cadena de Ford. La búsqueda de la supervivencia física y espiritual marca la dirección de este viaje.

Una mirada rápida al curso de los sucesivos cambios producidos en la primera mitad del siglo XX, permite ya ver que tras alcanzar las costas del Pacífico, los viajes de exploración en busca de nuevos espacios desaparecen. El movimiento lineal que había caracterizado a los viajes en la narrativa hasta ese momento pasa a ser un ir y venir, un movimiento de

vaivén, casi pendular, al ritmo de las crisis y de las recuperaciones, no solo económicas y políticas sino también de identidad. El desencuentro entre los intereses políticos y económicos del gobierno y los intereses y preocupaciones individuales, marcaría buena parte de las crisis sociales de este periodo y de los viajes en la narrativa de los cincuenta. La novela de J. D. Salinger *The Catcher in the Rye* (1951) presenta un tipo de recorrido característico en un marco también recurrente en la narrativa de este periodo: el espacio de la ciudad de Nueva York. En este caso, el viaje está protagonizado por un adolescente que inicia un periplo en solitario por la gran ciudad, donde tomará conciencia de su profunda crisis de identidad, hasta experimentar la sensación de invisibilidad propia del hombre moderno; una percepción que el individuo tiene de sí mismo y de la sociedad que con anterioridad había sido presentada de un modo magistral por Ralph Ellison en *Invisible Man* (1947) cuyo protagonista, un negro de avanzada edad, sumido en el mundo subterráneo y en el anonimato de la gran ciudad de Nueva York, narra su vida y los acontecimientos pasados que le han llevado a ese punto. La narrativa en primera persona que revela la psicología del individuo alienado en una sociedad consumista y conformista, será la dominante en la segunda mitad del siglo XX.

También en la década de los cincuenta toma protagonismo otra generación de rebeldes, los beatniks, cuya concepción del viaje ha quedado reflejada en la novela biográfica que dio fama a Jack Kerouac, *On the Road* (1954). Los beatniks trataron de vivir al margen del sistema para vivir de acuerdo con sus propios valores, dando prioridad al disfrute de la vida y del momento presente. Representantes de la nueva bohemia, emprenden en esta ocasión un viaje geográfico en coche, haciendo trascender ese recorrido físico a una forma de exploración de la conciencia. El *beatnik* se convierte en una de las primeras manifestaciones del nómada contemporáneo que encuentra su libertad en ese ir y venir, y su condena en el reconocimiento de que, al final, la sensación de libertad que da el movimiento es, en ocasiones, un espejismo. Este viaje, pese al espíritu dionisiaco que lo caracteriza, también se hace eco del existencialismo que en la época dominaba el sentir literario europeo. La sensación de vacío y el sentido de la nada que subyacen a ese ir y venir se convertirán al tiempo en motor de la búsqueda, en sintoma de libertad y en ocasiones, para alguno de sus miembros, en motivo de angustia.

En 1960 se publica una de las novelas de viajes más complejas de la historia literaria norteamericana, *The Sot-Weed Factor* de John Barth. El viaje que se narra aquí nos lleva de nuevo al periodo colonial, si bien desde la perspectiva del hombre moderno y desde la conciencia del escritor de finales del siglo XX. En el último capítulo, analizamos las implicaciones que tiene la crónica de un viaje realizado a finales del siglo XVII y protagonizado por un joven estadounidense educado en Londres, obligado a ganarse la vida como administrador de las plantaciones de tabaco que su padre posee en Maryland. Tras una extensa presentación de la psicología de los personajes que protagonizarán el viaje, se inicia el periplo que representa el conocimiento de una realidad multiforme y la pérdida de la inocencia por parte del joven protagonista. Barth se sirve del enfoque historicista y de la metaficción, como técnicas que contribuyen a la deconstrucción, para poner a prueba la capacidad creadora en medio del caos. La linealidad, tan característica de la narrativa de viajes hasta la llegada de los escritores de la vanguardia, queda con esta novela definitivamente trastocada para dar paso a un recorrido que fluye en todas las direcciones posibles, incluido el viaje como recurso de experimentación formal. Los límites entre la realidad y la ficción, y la difusa línea entre el razonamiento causal y la relación casual de

los acontecimientos, se convierte también en tema central del recorrido. El sincretismo que logra Barth con esta novela, y concretamente en lo que respecta al viaje y a los motivos que lo han impulsado a lo largo de la historia norteamericana, la convierten en uno de los más claros ejemplos de narrativa postmodernista. Las conexiones con la corriente pragmática norteamericana se hacen de nuevo evidentes en esta obra, y la multiperspectiva abre nuevos caminos de libertad con un juego de posibilidades infinitas a través de un complejo mundo de representaciones.

Barth, Raymond Federman, Donald Barthelme o Thomas Pynchon no solo dan continuidad al movimiento del absurdo que había aparecido en Europa con la Segunda Guerra Mundial, sino que llegan a hacer del sinsentido y del humor la nueva clave para la supervivencia espiritual del norteamericano de finales del siglo, abriendo así nuevos caminos de búsqueda en un momento en que las posibilidades de exploración parecían agotadas. La apreciación y aceptación de lo cómico y de lo trágico de la existencia indican ahora el camino hacia una nueva forma de armonía y equilibrio. El viaje que Barth narra en esta novela da buena cuenta de lo que es el postmodernismo norteamericano, tanto desde el punto de vista formal y estético como desde el punto de vista ideológico, donde el viaje vuelve a ser recurso central.

Con estas siete novelas, vemos que el viaje individual o colectivo, que por otra parte es un símbolo universal del proceso de conocimiento, de restauración del orden y de un nuevo comienzo, en el caso de la narrativa norteamericana, es un complejo símbolo que ha ido adquiriendo diferentes valores en función del contexto, manteniendo en muchos casos la carga simbólica de su propia tradición. Cuando el viaje está tan ligado a un contexto, éste pasa a ser un proceso catalizador de otros cambios de tipo social, económico, político y cultural que han producido una variación de trayectoria y, en ocasiones, de valores.

A lo largo de este estudio veremos cómo es recurrente la imagen del Oeste como destino de libertad y de libertad anárquica. El Oeste en la mentalidad norteamericana simboliza el primitivismo y, por lo tanto, es la antítesis de la civilización, representada por el Este. A lo largo de los viajes narrados en estas novelas, parece que hablar del concepto de libertad en esta cultura pasa necesariamente por definir la relación de tensión entre el individuo y la sociedad, una sociedad que representa las normas, las leyes, la autoridad, las imposiciones. La leyenda del Oeste implica, por tanto, una vida al margen de los convencionalismos e imposiciones, al margen de las exigencias del sistema, y en definitiva, la desvinculación de cualquier forma de responsabilidad que no sea con uno mismo.

La búsqueda de ese primitivismo en la narrativa norteamericana se hace en ocasiones efectiva, como en *The Adventures of Huckleberry Finn* y en *On the Road*, y en otras ocasiones no pasa de ser un sueño o un proyecto puntual que no llega a realizarse y que generalmente indica la necesidad de una huida, como ocurre en *The Catcher in the Rye*. El viaje hacia el Oeste implica también un nuevo comienzo para el individuo o para la comunidad, una forma de renovación, tanto física con un cambio en el estilo de vida, como moral y espiritual. Esto puede apreciarse en dos de las novelas que aquí analizamos, *The Grapes of Wrath* y *The Sot-Weed Factor*, donde efectivamente se retoma el origen de ese mito del Oeste, desde la llegada de los colonos a las costas atlánticas.

No cabe duda de que en todos los recorridos hay asimismo implícito un proceso de conocimiento, y por tanto, todos los viajes tienen un carácter en cierto modo de exploración. Sin embargo, puede apreciarse de un modo más claro que existe una voluntad de conocer, una búsqueda consciente de sapiencia en los personajes que protagonizan los

viajes hacia el Oeste, concretamente en la narrativa de la segunda mitad del siglo XX. En buena parte de los casos se trata de una búsqueda de los antepasados, de las raíces y de la tradición, lo que indica que estamos ante un intento de encontrar la identidad. Este tipo de viaje es el que protagoniza en este estudio Burlingame en *The Sot-Weed Factor*, y que han protagonizado tantos personajes de la narrativa norteamericana del siglo XX. En otros casos, no se trata tanto de conocer los antepasados como de revivir la historia de los pioneros, como por ejemplo, Sal Paradise, quien se propone seguir la ruta 66 en *On The Road* con este fin. En este caso, el recorrido generalmente culmina con el regreso al Este, con lo que ello implica, desilusión y decepción. Este regreso como indicio de derrota ha sido también la culminación de los trayectos protagonizados por los pioneros que pretendían establecerse en el Oeste con sus familias. En la narrativa, ese regreso lo protagonizan generalmente los jóvenes que tratan de buscar nuevas oportunidades en la ciudad, como ocurre en *Winesburg, Ohio*.

Un rasgo común a todos los viajes analizados es su carácter abierto. Al final de cada trayecto parece siempre haber una esperanza y los personajes se abren a nuevas experiencias, nuevos encuentros y nuevos comienzos que apuntan hacia la libertad del individuo. Incluso cuando el desenlace es la muerte, como en el caso de *The Awakening*, ésta se entiende como una forma de liberación. La búsqueda de la libertad y el miedo a la libertad, no solo en lo que respecta al viaje geográfico, sino también al psicológico e ideológico, es una de las contradicciones más evidentes en esta nación que se ha convertido en modelo de libertad, pero también de intolerancia e histeria, que sin duda deja desconcertado a quien desde fuera se limita a observarla.

Se ha podido apreciar, por otro lado, cómo esa duplicidad del espíritu norteamericano se manifiesta también en la convivencia de otros dos modelos contrapuestos. En primer lugar, el espíritu dionisiaco, que se resiste a someter su propia experiencia a los parámetros preconcebidos, un espíritu que se manifiesta en la espontaneidad, en la celebración de la vida, en los impulsos y en el poder de la voluntad individual, rasgos todos ellos característicos de personajes de identidades tan diferentes como Huck Finn, Holden Caulfield, Dean Moriarty, Sal Paradise o Henry Burlingame, quienes llegan a reconocer que, en efecto, lo primitivo, lo primero, no fue el puritanismo de las primeras colonias, sino los nativos americanos. Y, en segundo lugar, el espíritu apolíneo que se manifiesta en la necesidad de establecer un orden, de conferir un sentido a su propia existencia, de dar en definitiva una conexión a los instantes y una proyección a la trayectoria. Si el espíritu apolíneo aparece generalmente en la última fase del proceso, en la reestructuración, ésta se concibe en la mirada retrospectiva al camino recorrido como paso previo a la proyección del viaje desde los nuevos valores adquiridos en el proceso particular del protagonista.

Ihab Hassan en su análisis "Ideas of Cultural Change" declara que "Man is... primarily an avoider of death" (Hassan 23). Desde este punto de vista, el viaje es la reacción propiamente norteamericana ante cualquier forma de amenaza al individuo o al colectivo, por lo que de un modo u otro llega a cuestionarse el sistema democrático estadounidense, sometiéndolo a una constante evaluación y redefinición.

Cleanth Brooks, R. W. B. Lewis y Robert Penn Warren han hecho referencia a otro rasgo de identidad del norteamericano con el término *milenarismo*, un término que explica el talante utópico que se desprende de buena parte de los viajes y que de un modo explícito puede apreciarse en el final abierto. Con este término bíblico se está haciendo referencia a la esperanza de encontrar aquel paraíso perdido que los primeros puritanos convirtieron en

objetivo central de su viaje, una esperanza que con posterioridad albergarían los pioneros que dirigieron sus pasos hacia territorio fronterizo, convirtiéndose así no solo en mito sino en símbolo de la esperanza de llegar a algún lugar mejor. Por tanto, el concepto de milenarismo, que el Webster's International define como "A period of prevailing virtue or great happiness or perfect government or freedom from familiar ills and imperfections of human existence", es esencial al tema del viaje en la cultura norteamericana, puesto que marca esa orientación utópica de los distintos recorridos. Incluso en la narrativa de las décadas de los cincuenta y de los sesenta, en las que hay un claro trasfondo existencialista y nihilista, se abre una vía para la esperanza. Los naturalistas de principios de siglo XX y la generación perdida son probablemente las únicas excepciones a esta tendencia; los primeros, porque generalmente han presentado recorridos de desenlace trágico motivados por intereses exclusivamente materialistas, y los segundos, porque optaron por mirar hacia otro lado, en este caso hacia Europa, mostrando así que no albergaban esperanza alguna.

El estadounidense como individuo y Norteamérica como nación de recursos se alimentan de las posibilidades que el espacio ofrece y así lo han reconocido Brooks, Lewis y Warren cuando afirman: "As American belief in progress and a certain millennial expectation have spurred us on toward such goals we must be truly grateful—and grateful, too, for the tonic effect that the pull of the future, like the pull of the great spaces of the continent, exerted American energies and the American's will to act" (21). El espíritu milenario, que ha quedado como una señal de la identidad norteamericana a lo largo del propio proceso de configuración de la nación, explica, pese a las contradicciones constantes que lo definen, el proceso imparable hacia el progreso, la movilidad constantes y la esperanza de llegar siempre a un lugar mejor o a una situación mejor pese a las adversidades. Esta misma confianza en sus posibilidades y en su capacidad de acción justifica al tiempo el carácter naïf que ha llevado a buena parte de sus escritores a hacer del inocente el héroe o el antihéroe del trayecto. Este inocente, que bien puede ser el inmigrante, el habitante de la aldea, el adolescente o la mujer, llegará a lo largo de los diversos trayectos a convertirse en el emisario y protagonista de una nueva búsqueda.

Por otro lado, podemos apreciar en los diferentes trayectos el carácter individualista de esta cultura. ¿Quién no tiene en mente al héroe de un western, independiente y desarraigado, debatiéndose entre la posibilidad de entrar a formar parte de la comunidad en la que ha restablecido el orden o proseguir su camino en solitario? Pero también encontramos ese rasgo en los viajes que protagonizan los individuos pertenecientes a sectores minoritarios que habitaban en el Sur de la segunda mitad del siglo XIX, o en el viaje en solitario de los personajes desarraigados que deambulan por las ciudades en la narrativa de diferentes momentos y décadas del siglo XX. Estamos ante la lucha del individuo por la supervivencia física y espiritual, ante el mito del hombre caído y después hecho a sí mismo. Sea cual sea el contexto, sea cual sea el procedimiento, se trata siempre de un viaje en solitario encarnado por mitos y leyendas de la tradición norteamericana y hoy alimentado por nuevos héroes nacidos de la industria del cine. Incluso en los viajes comunitarios hacia el Oeste de la narrativa de ficción, los miembros de la comunidad se dispersan, cuando la comunidad ya no es necesaria para garantizar la supervivencia, para iniciar su búsqueda particular. Lo vemos en *The Grapes of Wrath* o en la novela de Faulkner *As I Lay Dying*.

Finalmente, es interesante reseñar que en todas la novelas puede encontrarse la huella de los dos métodos de conocimiento propiamente norteamericanos, la del trascendentalismo y

la del pragmatismo. El trascendentalismo de Emerson alentaba el individualismo en la proceso de conocimiento e invitaba a la observación y contacto con la naturaleza para lograr la unión mística con el todo en un ejercicio de introspección. Esta forma de romanticismo planteada en la primera mitad del siglo XIX se vería complementada con el pragmatismo, método promulgado por William James, en la segunda mitad de ese mismo siglo, y que planteaba un proceso de conocimiento circunstancial, relativo y personal en función de los fines del individuo, de la situación y de los factores que intervienen. El pragmatismo defendía como única verdad aquella que era útil, y añadía que solo era útil lo que contribuía al conocimiento. Con esta propuesta, el proceso de conocimiento se distancia de las teorías concebidas a priori, o como diría el propio William James, “se aleja de las abstracciones, e insuficiencias, de soluciones verbales, de malas razones a priori, de principios inmutables, de sistemas cerrados y pretendidos ‘absolutos’ y ‘orígenes’. Se vuelve hacia lo concreto y lo adecuado hacia los hechos, hacia la acción y el poder” (1997: 40). En ambos casos, es el conocimiento obtenido de la experiencia personal lo que prima. Estas dos propuestas se conjugan en la ficción de viajes y en la propia mentalidad estadounidense, constituyendo otra de las constantes a las que hemos hecho referencia.

Resulta difícil catalogar los viajes en la narrativa norteamericana sin tener que hacer puntualizaciones para cada uno de ellos. Hablar de un viaje de huida o de búsqueda, o establecer otros criterios como el punto de partida o la dirección que toman los recorridos, llegaría a limitar el dinamismo que el propio recurso sugiere. Puesto que el viaje no solo es el punto de partida ni el destino, ni tampoco el motivo inicial que mueve a hacerlo, sino que se trata básicamente de un proceso, hemos confiado en que el análisis de estas siete novelas y de sus distintos contextos en la trayectoria norteamericana contribuyan a desvelar esos motivos que han hecho que, desde el inicio de la historia de la literatura de esta nación hasta hoy, el viaje siga siendo el principal recurso narrativo para sus escritores.

Capítulo I

El viaje en la ficción norteamericana

Cleanth Brooks, R. W. B. Lewis y Robert Penn Warren han hecho referencia a la esencia de la cultura norteamericana con el término de *esquizofrenia cultural* por los rasgos contradictorios que la definen y que se hacen evidentes al plantearse qué hay en el fondo de esa postura pragmática al tiempo que romántica, realista e idealista, progresista y retrógrada, individualista y sectaria, libre e intolerante. Efectivamente, cabe preguntarse cuál ha sido la trayectoria que ha seguido Norteamérica para llegar a ser, utilizando las palabras de George Santayana, “A country with two mentalities, one a survival of the beliefs and standards of the fathers, the other an expression of the instincts, practice, discoveries of the younger generations” (94). El encuentro de los valores tradicionales —de lo que Santayana denominó “tradicción gentil”— y de lo nuevo, es una constante especialmente llamativa en esta cultura. Probablemente, el filósofo acertara al atribuir las convulsiones generadas en ese encuentro, el problema de identidad cultural y las contradicciones propias del carácter inestable de esta cultura, al hecho de que los Estados Unidos iniciaran su trayectoria histórica en la etapa adolescente, y permanecieran en ella durante mucho tiempo debido a las peculiaridades geográficas y sociales de esta nación, que han favorecido el constante proceso de exploración y descubrimiento, por las propias condiciones geográficas, políticas, económicas y sociales. Ciertamente, el choque entre la mirada inocente y la realidad, entre el espíritu milenario y la jeremiada, es evidente ya en los primeros episodios de la historia colonial y en las primeras manifestaciones de la ficción norteamericana en el siglo XIX, donde se combina la ruptura con los vínculos del pasado que limitan la libertad y la mirada retrospectiva en busca de referentes.

Al volver la mirada a los primeros viajeros que desembarcaron en las costas del nordeste norteamericano, encontramos ya el germen del espíritu aparentemente contradictorio que define a este pueblo. Las nuevas comunidades de colonos partieron con sus referentes europeos para crear una nueva sociedad que sirviera de modelo a quienes habrían de seguirles. Sin embargo, los ideales y los intereses particulares de quienes emprendieron el viaje a la entonces considerada nueva tierra prometida, pronto entrarían en conflicto. Para empezar, los seiscientos pasajeros que partieron en 1630 a bordo del *Arbella* bajo el mando de John Winthrop y de la Massachusetts Bay Company, arrastraron consigo los viejos modelos de organización social del Viejo Continente, sus valores y sus creencias, con los matices que les hicieron disentir de los planteamientos religiosos. Pero el carácter universalista de esta colonia se encontraría con las particularidades de otros asentamientos

próximos, lo que daría paso a las primeras confrontaciones y manifestaciones de intolerancia y represión en la costa este. La coexistencia de las colonias ortodoxas de Nueva Inglaterra, por un lado, y por otro, aquéllas que se caracterizaban por su diversidad y por su carácter abierto y tolerante, como fue el caso de la de Pennsylvania, era indicio de la existencia de un periodo de acomodación, que estuvo básicamente marcado por los debates de tipo religioso, como quedó reflejado en la producción literaria de este periodo colonial. El tema de la identidad asociada a un nuevo y vasto territorio aún por explorar fue una constante en la prosa de la época que puede apreciarse tanto en las crónicas de los viajes de exploración, como en los escritos de carácter religioso que se produjeron en el primer periodo de asentamientos, y con posterioridad en los escritos de carácter político.

La categoría de las crónicas de viajes de exploración se inicia con la publicación en 1616 de los llevados a cabo por John Smith, quien abre el primer capítulo de la historia de la América colonial y quien, con el tiempo, se convertiría en leyenda y mito del encuentro entre dos mundos. Fundador del primer asentamiento en Jamestown, fue el primer cronista y cartógrafo al servicio de la Corona Británica y el primer explorador que dejó testimonio de las dificultades que su expedición encontró para ubicarse y adaptarse a las nuevas condiciones. En las crónicas de sus viajes se advierte el progresivo distanciamiento de las autoridades británicas, representadas en el consejo político regulador de Jamestown, hasta que, finalmente, fue expulsado de dicho consejo acusado de ser dictatorial, intolerante y vanidoso. John Smith, además, ha pasado a la historia norteamericana por ser quien descubrió y dio nombre al lugar que quince años más tarde se dirigirían los puritanos, sirviéndose de sus cartografías, el territorio de Nueva Inglaterra.

Las crónicas de John Smith plantean ya esa dialéctica peculiar y característica entre los ideales y la realidad, y llegan a conseguir el sincretismo con la recreación subjetiva del propio explorador en sus escritos. Sus crónicas resultan especialmente reveladoras desde dos puntos de vista: como testimonio del primer proceso de adaptación y, desde la perspectiva literaria, como ejemplo de fabulación donde realidad y ficción se entremezclan y donde el mismo cronista se presenta como héroe y mártir del proceso de descubrimiento y colonización. Entre sus escritos, destacan dos de tono bien distinto. El primero de ellos, publicado en 1616, *A Description of New England*, tiene un claro tono propagandístico, como era habitual en los escritos entonces encargados por la Corona Británica para fomentar los viajes al Nuevo Mundo. El segundo, *The Generall Historie of Virginia, New England & the Summer Isles* (1624), es un compendio de descripciones y opiniones personales relativas al periodo comprendido entre 1606 y 1620, donde Smith narra los episodios de hambruna que sufrieron en Jamestown, las primeras estrategias comerciales de los colonos, las hostilidades de los nativos, el rescate de Smith por la india Pocahontas, el progreso de las colonias en los últimos años y los conflictos generados en el seno del consejo político. La línea divisoria entre la realidad y la ficción en estos escritos resulta difícil de establecer. No es extraño que John Barth utilizara esas crónicas y este contexto histórico como recurso narrativo en una de las novelas paradigmáticas del postmodernismo norteamericano para explorar el fenómeno de la deconstrucción al tiempo que se cuestionan los límites entre la realidad y la ficción.

En la misma línea de los escritos de John Smith, encontramos los de Thomas Morton, entre los que destaca *The New English Canaan* (1622), cuyo título es ya revelador, o los de Gabriel Thomas, *An Historical and Geographical Account of the Province and Country of Pensilvania, in America* (1698), donde afirma el autor: "I must needs say, even the present

Encouragements are very real and inviting, for Poor People (both Men and Women) of all kinds, can get here three times the wages for their Labour they can in England or Wales” (Hacker, 90). Con posterioridad, en la primera mitad del siglo XVIII, el plantador William Byrd (1674-1744), fundador de Richmond, Virginia, contribuyó también desde su posición privilegiada, a fomentar la idea de América como el nuevo Canaán entre los círculos aristocráticos de Londres. En *History of the Dividing Line*, cuyos manuscritos fueron encontrados en Westover y publicados en 1841, deja constancia de su participación en la delimitación de la frontera entre Virginia y Carolina del Norte en 1728. Sus narraciones de viajes retoman el tono expositivo y descriptivo de los primeros exploradores. Más avanzado el siglo XVIII, podemos encontrar los escritos de William Bartram (1739-1823), los de Merriweather Lewis (1774-1809), explorador del territorio de Luisiana, y también los de Zembulon Montgomery Pike (1779-1813), explorador del Mississippi y del territorio situado más al suroeste. Con estas crónicas de exploración y expansión a lo largo de la costa Atlántica, se fue alentando el espíritu aventurero de muchos europeos y el talante utópico de quienes esperaban alcanzar una vida mejor al otro lado del Atlántico.

Sin embargo, también podían oírse las voces de quienes en el encuentro con la realidad mostraban su desencanto, como sucedería después con los disidentes que se resistieron a aceptar los planteamientos de las autoridades religiosas ortodoxas, y de todos aquellos que con posterioridad hicieron oposición a la autoridad británica en materia política y económica hasta desembocar en la revolución y la independencia en 1776. Uno de los primeros en mostrar sus discrepancias con la Corona Británica, como hemos apuntado ya, fue John Smith en su crónica, *The Generall Historie of Virginia, New England and the Summer Isles* (1624). También encontramos en esta época relatos en los que el viaje geográfico implica inevitablemente un tipo de transformación significativa, de viaje interior, como resultado de un brusco despertar a una realidad llena de obstáculos, dificultades y amenazas. Uno de los relatos más significativos de este periodo es *A Narrative of the Captivity and Restoration of Mrs. Rowlandson* (1676), donde se relata el periplo de la narradora en compañía de los indios que la mantuvieron cautiva durante las guerras del rey Felipe (1675-1676). Con marcado tono puritano, el relato de Rowlandson denuncia que fue obligada a presenciar las masacres producidas en los enfrentamientos entre los indios y los británicos, y no oculta el pesimismo y la desesperación provocada por ese trágico recorrido: “I went along moving and lamenting leaving farther my own country, and traveling into a vast and howling wilderness, and I understood something of Lot’s wife temptation when she looked back” (158).

La tragedia del indio, del blanco, del afroamericano y de los inmigrantes sometidos a la condición de siervos, son referencias suficientes para ver desde esta perspectiva, que el europeo que ponía su mirada en Norteamérica como posibilidad de conseguir un sueño, tendría que poner a prueba su capacidad de transformación, de adaptación y búsqueda sin mirar atrás. Howard Zinn en su revisión de la historia de los Estados Unidos ha hecho referencia al carácter conflictivo de la Norteamérica colonial: “Las colonias, según parece, eran sociedades compuestas por clases en conflicto —un hecho que oculta el énfasis que ponen las historias tradicionales en la pugna externa contra Inglaterra y la unidad de los colonos en la Revolución. Por lo tanto, el país no nació libre, sino que nació esclavo y libre, criado y amo, arrendatario y terrateniente, pobre y rico” (Zinn, 49). La idea de que este territorio era el destino para la libertad y la prosperidad económica sería el aliciente que movería a muchos a emprender la marcha a las colonias, pero también fueron muchos los